

PRÓLOGO

El siglo a cuyo final estamos asistiendo ha sido el de la lucha de las mujeres para acabar con la desigualdad social, política y simbólica a la que han estado sometidas secularmente. El feminismo, nacido como movimiento social heredero del sufragismo, ha comportado asimismo una profunda reflexión sobre la inscripción del género de los individuos en sus discursos y acciones, poniendo en duda la supuesta universalidad del arte y la cultura, puesto que los conceptos «hombre», «humanismo» e incluso «humano» han excluido con frecuencia a las mujeres. Los estudios feministas han mostrado que discursos presentados como generales e inmanentes, como el de la filosofía, el psicoanálisis, la religión o incluso la ciencia, son en realidad discursos sexuados en masculino.

A pesar de su trascendencia y su carácter innovador, los estudios feministas han sufrido en España, hasta hace poco, una casi total falta de reconocimiento y legitimación por parte de las instituciones académicas y del mundo intelectual. Por ello, hay grandes lagunas en la bibliografía de estudios sobre las mujeres y el género accesible en castellano. En los últimos años, por fortuna, se ha intentado paliar esta carencia con la edición de traducciones y textos de autoras y autores españoles en varias colecciones especializadas, a las que se suma gozosamente la serie *Mujeres y culturas*, que inauguramos con el presente volumen e impulsada por el *Centre Dona i Literatura* de la Universidad de Barcelona.

Como su nombre indica, esta serie se inserta en el campo de los estudios culturales, y está abierta a los análisis y reflexiones que examinan nuestra realidad social, cultural y simbólica desde el punto de vista del género y con especial énfasis en la literatura, en relación con las otras artes y con la cultura en general. El primer volumen de la colección que presentamos, *Feminismo y crítica literaria*, ofrece un panorama de las fecundas relaciones entre los estudios feministas y otras teorías que pretenden interpretar la realidad desde distintas perspectivas, como el postestructuralismo, el marxismo o el psicoanálisis. La crítica feminista agrupa prácticas muy diversas; por ello ha sido denostada, por no poseer una «metodología» propia, según sus detractores, y *aprovecharse* de otras teorías para sus fines, que son, a grandes rasgos, desvelar las estructuras simbólicas que han contribuido a crear una concepción del género femenino conducente a la perpetuación de la inferioridad de las mujeres, así como rescatar de la invisibilidad y el silencio la palabra de éstas, iluminando su papel en la historia y en la actualidad.

El feminismo mantiene así un fértil diálogo con muchas otras vías hermenéuticas, lo cual no significa que adolezca de medios teóricos sino todo lo contrario: este contacto permanente con otros interlocutores representa un pluralismo enriquecedor en ambas direcciones, en el seno de los estudios feministas y para los demás ámbitos de conocimiento, que han ampliado o afinado sus perspectivas con la cuestión del género. Este libro explora algunos de estos «diálogos», sin pretensión exhaustiva, por supuesto, pero sí representativa de la multiplicidad de puntos de vista y prácticas de la teoría feminista, presentados por profesores universitarios especialistas en la materia.

En primer lugar, Laura Borràs Castanyer nos introduce en este océano de la crítica literaria feminista que, pese a su relativamente corta historia —pensemos en mujeres tan significativas como Virginia Woolf o Simone de Beauvoir—, goza ya de una gran vitalidad y riqueza. Si dicha crítica consolida su andadura en los años setenta revisando los estereotipos patriarcales relativos a las mujeres e intentando definir la especificidad de una «escritura femenina», más tarde, y por influencia del postestructuralismo —analizada en el capítulo siguiente—, cuestiona toda definición estable del sujeto

«mujer». Muchas feministas, especialmente francesas, como por ejemplo Hélène Cixous, parten de la deconstrucción efectuada por Jacques Derrida de la razón binaria occidental para postular una relación del sujeto con el Otro que evite la jerarquía y, por lo tanto, la desigualdad. Neus Carbonell muestra así las conexiones y afinidades entre dos prácticas aparentemente tan opuestas como la deconstructiva y la feminista.

En el mismo sentido, advierte Mireia Aragay, hay que evitar el esencialismo (toda definición de La Mujer, prefiriendo el plural «las mujeres») como paso previo para conjugar la óptica feminista y la marxista, que fundamenta el llamado materialismo cultural, de gran predicamento sobre todo en el ámbito británico. La subjetividad deviene, de este modo, «radicalmente histórica y material»; los críticos materialistas deben interesarse, no por la Historia de las mujeres, sino por las «pequeñas historias» (o pequeños relatos según la terminología de Lyotard) de las relaciones de géneros. Bajo este prisma, y para mostrar cómo se combinan ambas perspectivas, Aragay efectúa una revisión de varias lecturas del *Otelo* de Shakespeare, desde el punto de vista histórico y feminista.

Otra afinidad electiva del feminismo se produce con la crítica postcolonial, objeto del capítulo redactado por Marta Segarra. Ambos coinciden en un punto crucial: el problema de la representación del Otro, ya sea el colonizado o la mujer respecto del hombre; el feminismo ha aportado así a la teoría postcolonial numerosos instrumentos de análisis de la opresión y de las relaciones entre el sujeto y la alteridad. Se ha sugerido asimismo la semejanza entre la situación histórica de las mujeres y la de los pueblos colonizados; sin embargo, el feminismo «internacional» puede significar otra forma de colonización discursiva de ciertas minorías étnicas o culturales. Los estudios feministas han sabido integrar, para paliar este peligro, múltiples posicionamientos, en tensión o incluso opuestos entre sí, procedentes de mujeres de clase, raza, orientación sexual y culturas muy diferentes.

Con el artículo de Annalisa Mirizio nos apartamos del campo sociológico para entrar en otro terreno muy fértil para la crítica feminista: el del psicoanálisis, que informa la teorización del deseo, fuerza principal de acercamiento u oposición entre el yo y el otro,

que no siempre coincide, pese a la «heterosexualidad obligatoria», con el deseo entre un hombre y una mujer. En esta dirección, Meri Torras dedica su análisis a las relaciones entre el feminismo y la crítica lesbiana, que, como enseña gráficamente, no es un subconjunto de la feminista. Pero con ella volvemos también al terreno sociopolítico, al considerar el lesbianismo como «postura política» además de como «práctica erótico-sexual». No obstante, la definición de una «identidad lesbiana», el objetivo máximo de esta crítica en los años setenta, se ha visto sustituida, en parte, por la «deconstrucción del sujeto homosexual», según Rodrigo Andrés, autor del estudio siguiente sobre la teoría *queer* (que en castellano se ha traducido como «teoría marica» y también «torcida»). El problema de estas tendencias que problematizan las categorías de conocimiento tales como la identidad es cómo compatibilizar esta teoría deconstructiva con la práctica política, que en general resulta favorecida por la constitución de una comunidad de individuos agrupados bajo una bandera identitaria.

Con el artículo de Mercedes Coll nos alejamos de la crítica literaria para examinar los aportes del feminismo a la crítica cinematográfica, que ha visto sus análisis de los «mecanismos discursivos de las imágenes» profundamente alterados por la perspectiva genérica. La consideración de la mirada (del cineasta, de la cámara, del espectador...) ha sufrido especialmente esta operación que la disecciona y desvela la ideología que subyace en ella. M. Coll se fija también en algunas películas realizadas por mujeres como Margaret von Trotta o Chantal Akerman para ilustrar otro modo de «mirar» y, por lo tanto, de filmar.

Y, por último, Angels Carabí evoca un aspecto muy innovador de los estudios de género y feministas, que se habían centrado hasta hace poco en las mujeres: el análisis de la masculinidad en relación con el feminismo. Carabí postula que cuando los avances del feminismo inciden de forma notoria en la sociedad, suelen provocar una toma de posición en el colectivo masculino, que se caracteriza por la aparición de actitudes inmovilistas cuyo propósito es reafirmar la jerarquía sexista de la sociedad patriarcal. Para llevar a cabo su análisis, la autora explora la construcción de la masculinidad en la literatura y el cine de la primera mitad del siglo en los Estados

Unidos. El artículo aborda un tema —la reinscripción de la masculinidad— que se anticipa como uno de los motores de los cambios sociológicos y culturales más significativos de este siglo que comienza, y al que dedicaremos el segundo volumen de la Serie *Mujeres y culturas*.

Feminismo y crítica literaria, primer libro de esta serie pretende, con las aportaciones que acabamos de reseñar brevemente, contribuir al todavía poco explorado terreno —en nuestro país y en lengua castellana— de los estudios feministas y de género. Tiene, como comprobarán los lectores y lectoras, una eminente vocación divulgativa y pedagógica, sin apearse en ningún momento del rigor exigible en el medio universitario, y por ello se ha procurado en cada artículo ilustrar los debates teóricos con ejemplos procedentes de obras literarias, cinematográficas o artísticas de un amplio espectro espacio-temporal, así como acompañarlos de una bibliografía final útil para quien desee profundizar en el tema presentado. Esperamos, pues, que encuentre un amplio público lector, de personas interesadas en reflexionar sobre cuestiones tan candentes como las relativas a la identidad individual, genérica y colectiva, a las relaciones con los otros distintos a mí, o a la legitimación teórica de las prácticas políticas destinadas a paliar las desigualdades que perviven en nuestra sociedad.

Las Editoras
Diciembre de 1999